



La prensa en broma



AÑO III  
N° 102  
Febrero 9 de 1896  
PRECIOS SUSCRICION  
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes \$ 1,00  
Seis meses " 5,00  
Un año " 9,00

EXTERIOR  
Los mismos precios en moneda equiva.  
lente con el aumento del franco.  
Número corriente 30 centesimos -- Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.  
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.  
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301  
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

Como hay tanto que atacar y tan poca cosa buena, es claro, siempre está llena La Tribuna Popular.

Grita allí noche y mañana mucha gente, pero mucha, á uno solo que no escucha porque... no le da la gana.

Y aunque es ya viejo el decir, digo que muestra lector esto, «que no hay sordo peor que aquel que no quiere oír.»

## SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor—«Cantarcitos», por R. C.—«Para Ellas: Luisa. Estudios sobre la mujer» (continuación)—«Insensatez del honor», por L. Ansorena—«Teatros, por Re-Bemol «Género epistolar», por Sinesio Delgado—«Drama!!!», por Pipino—«Fe de erratas profética»—«Menudencias»—«Correspondencia particular»—«Entre dos fuerzas» (continuación).

GRABADOS—«La prensa en broma III» «La Tribuna Popular», por Aurelio Giménez—«Chumale!!!», por Wimplaine II—Tomás Bretón—«La Dolores» (duo del 3er acto) y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez—Facsimil de un autógrafo de Bretón.



Podrá parecer gastado el tema porque han hablado mucho de él, pero no podemos pasarlo por alto porque entra rigurosamente en los límites de nuestra crónica, eso del duelo Acevedo Díaz-Pelayo.

Y luego que, cuando todos los habitantes del país dan tan claras é inequívocas muestras de mansedumbre, á pesar de las cosas del Gobierno, consuela un poco hablar de bravuras y desdenes por el pellejo no obstante su utilidad reconocida.

Quedamos en nuestra anterior crónica en que se embarcaban duelistas y padrinos.

Los detalles del viaje fueron comunicados minuciosamente á los diarios. Ambos proyectos de combatientes habían demostrado absoluta serenidad, gracias indudablemente al mar que la demostró también, pues de lo contrario ya les hubiera yo dado serenidad con un mareo regular dentro del alma y sin un átomo de alimento dentro del cuerpo. Acevedo Díaz comió las croquetas con toda tranquilidad y devoró el resto con tanto apetito como si se estuviera comiendo á Pelayo estofado. Éste, por su parte, masticó con todas las muelas, demostrando que no le tenía miedo ni á Acevedo ni á una indigestión de espárragos.

Una vez llegados á la tierra que da hospitalidad al Comisario Da Costa y al presupuesto de la Comisaría, esperaron ambos (los combatientes ¿eh? no Da Costa y el presupuesto) esperaron ambos á que los padrinos, en desempeño de la misión que les confiaba su accidental parentesco espiritual, arreglaran la mejor manera de dejar sin espíritu ó por lo menos sin algún órgano importante á sus ahijados; y una vez logrado esto, fuéronse todos, siguiendo su itinerario de duelistas *touristes*, al Ferrocarril, y de allí al terreno del honor, que no era precisamente del honor, sino de Martínez de Hoz.

Allí, antes de disparar su bala contra Pelayo disparó el señor Acevedo Díaz una pulla ó puya (que ambas cosas fué) contra don Julio Herrera, diciendo ingenuamente que era un sinvergüenza. Los presentes, que ya lo sabían, convinieron en que aquel era un tiro tan certero, que si el segundo llegaba á

serlo igual, no iba á quedar de Pelayo más que la familia y lo que dejara á sus herederos.

En seguida dióse la señal, y ¡pum! se ensañaron las balas con la vejetación inocente.

Visto esto, los padrinos que ya tenían ganas de comer en *restaurant*, por seguir la costumbre en tales casos, tentaron una conciliación que dió tanto resultado como los tiros cambiados, por lo que decidieron volver á las andadas.

Se cargaron las armas, se colocaron los duelistas, se iba á dar la señal, y ¡pum! apareció la policía, que en su deseo de evitar que los combatientes concluyeran con la arboleda les redujo á prisión con testigos, pistolas y buenas maneras.

Y así tuvo fin el lance.

Claro que una vez sabidos estos detalles se dió la gente á comentarlos, buscando las causas probables de tan inocente resultado, y en los corrillos no se hablaba de otra cosa, con los boletines en la mano.

—Pero vea usted, decía uno. Esto es inexplicable. Desde que Acevedo Díaz, tirando al blanco pocas horas antes del duelo, acertó veintitres veces en veinticinco tiros, ¿cómo es que una vez en el terreno no dió en el blanco?

—Pues es muy natural que no diera en el blanco, replicaba otro, desde que Pelayo no podía servir de blanco de ninguna manera.

—¿Por qué?

—Porque es colorado.

En cambio los adictos á Pelayo se hacían cruces ante la evidencia.

—¡Caramba! decía un pelayista. Que Pelayo siendo como es un tirador número uno no haya acertado!... Es extraordinario!

—Pues no tiene nada de particular, le contestaba un señor opositorista y tuerto. Imposible es que acertara.

—No veo por qué.

—Pues; porque es delegado del Gobierno. ¿Ha visto alguien que el Gobierno á sus delegados cometan otra cosa que desaciertos?

Pero el que sacó más trascendental consecuencia del resultado del duelo fué un señor que yo conozco y que por haber nacido en 12 de Febrero y tener su madre la costumbre de poner el nombre á sus hijos el del santo ó santos patronos del día de nacimiento, tal como los registra el calendario, se llama don Eulalio Virgen y Mártir López.

—Vamos, ¡ya caigo! me dijo dándose una palmada en la bola de billar con mataduras que tiene por cabeza. ¡Pues es claro y natural que no se hirieran: lea usted lo que dice el boletín de *El Nacional*, que debe saberlo: «Dada la señal, ambos duelistas dispararon al mismo tiempo», etc.

—Y bien ¿qué hay con eso?

—Que si *dispararon* los dos al mismo tiempo, cómo habían de atinar á nada! Figúrese usted si echarían á correr con ganas!

Contra nuestra voluntad nos vemos obligados á terminar esta crónica en serio; pero la gravedad del asunto así lo requiere. Se trata de algo muy serio!

*Monsieur* ha acusado á *El Nacional*!

*Monsieur*, ese estimable *Monsieur* tan bien mirado por todos, porque no hay quien no lo mire riendo, ha olvidado por un momento las delicias de su plácida existencia de Ministro *bonhomme*, sus goces de *boulevardier* espiritual, sus entretenimientos inocentes con bondadosos cerdos y candidas ave-cillas, para volver por la dignidad del ejército ultrajado.

¡Sí, señores! ¡Triste, muy triste es que tan alto y amable funcionario tenga que sacrificar su tranquilidad para descender á la arena de la lucha por los fueros de la institución que lo alimenta!

¡Digno *Monsieur*!

¡Qué! ¿Se pensaron acaso que El había de permitir que se manosearan el ejército y sus negocios privados, sin que el rugido del león *français* aterrara al temerario como en tiempos más heroicos, más dignos por cierto de tan esforzado adalid, aterraron los tres gritos de Aquiles á aquellos troyanos amigos de los dioses?

¡Nó! ¡Mil veces nó!

El mostrará á la faz del mundo, señores, que, como lo ha dicho, que como lo dirá siempre, nuestro ejército es quizá el más disciplinado de la América; que no inútilmente se usan en los cuarteles la vara de membrillo, la cegadera y las dianas con mú-

sica que han dado por resultado tan admirable disciplina.

¡Qué! ¿Había de permitirse á un diario denunciar la venta de grados por doscientos pesos, ni más ni menos, cuando es una verdad innegable que á la fecha valen menos, desacreditando así á la casa vendedora que cifra su orgullo y su bienestar en la modicidad nunca vista de los precios?

¡Nó! ¡Mil veces nó!

*Il Vy a dit!*

No permitirá, mientras su noble pecho aliente, mientras su bravo corazón palpita bajo el tachonado peto, que tales y tan ignominiosas cosas se digan en la prensa.

¡Jamá! ¡Jamás!

Que se vendan los grados, señores, que se vendan, pero que no se diga!

¡Por la Patria! ¡Por el ejército! ¡Por *Monsieur*!

¡Por lo que se diría en Francia!...

¡Ah, señores!...

(No continuará).

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

## CANTARCITOS

Piensen que no tengo penas porque no me ven llorar; yo conozco un millonario que nunca gasta un real.

Llamó eterno á su querer y hablaba con propiedad, ¡Todo lo que cansa pronto parece una eternidad!

Me diste una crucecita al jurarme tu querer; la crucecita se ha roto y el juramento también.

R. C.



## LUIZA

## ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

POR

E. M. DE LIDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

DEDICATORIA A MANERA DE PRÓLOGO

A LAS JÓVENES

Ainsi vous admettez qu'il y a des femmes à fleurs doubles?

H. B. Saintine.

(«Les métamorphoses de la femme»).

(Continuación)

Este doble título de inquilino y de vecino, ciertas analogías en nuestros gustos, y el conocer alguna cosa del juego de ajedrez, me procuraron el honor y las ventajas de una agradable intimidad en el seno de la familia Bernard, de la que Luisa,—según la

invariable y frecuente expresión de Mr. Camphrinet, ex-droguero al por mayor de la calle de los Lombardos,—de la que Luisa, repetimos, era el más bello adorno.

Mr. Camphrinet era el amigo de la infancia de Mr. Bernard.

Mr. Bernard era un honrado ciudadano parisiense de nuestra época, es decir, que entendía un poco de todo, tanto de arte como de política, de administración como de filosofía, sencillo y bueno en el fondo, pero yendo siempre á su objeto. Suscrito al *Constitutionnel*, que era el periódico liberal de entonces, inscribía su nombre en todas las listas de suscripciones llamadas nacionales,—suscripciones, ora para Mr. Laffite, ora para el general Foy, para los polacos, etc.

Corazón de oro, esposo dócil,—cualidad preciosa á los ojos de las mujeres,—padre algo débil, amigo decidido hasta la credulidad y el engaño, Mr. Bernard era estimado de cuantos le conocían.

Empleado en una administración particular, ocupaba una posición muy honrosa, al mismo tiempo que bastante lucrativa, relativamente; se jactaba de ser independiente, y no le daba un bledo,—como él mismo declaraba,—de decir las verdades al Gobierno.

Esta especie de franqueza le había conquistado en el barrio una reputación de energía y de liberalismo, cuya reputación no contribuía poco á aumentar el respeto y la consideración á que se había hecho digno por su corazón leal y sencillo.

Por lo demás, modesto en extremo, no procuraba sacar partido de su posición, y jamás había lastimado á nadie ni con una palabra, ni con una sonrisa, ni con una mirada siquiera.

Mme. Bernard, por otro nombre Carlota Sidonia Terrase, era de origen enteramente plebeyo; pero dotada de un instinto superior á su condición primitiva, desde un principio se había puesto al nivel y aun más allá de su posición de mujer de empleado, con tanta más fortuna, cuanto que su padre, pobre y obscuro artesano, murió algunos meses después de su casamiento.

Dios había criado á la digna mujer hábil y económica, modesta y amante, cuatro virtudes esenciales para tener una buena madre de familia y una excelente esposa, sobre todos. Si á esto se une la actividad, cualidad que la digna mujer poseía en alto grado.

Casada sin dote, fué sin embargo para su marido un verdadero tesoro, y gracias á ella, á pesar de la educación de tres hijos, la familia era feliz bajo estos tres puntos de vista:—tranquilidad en el hogar doméstico,—calma en la conciencia,—y rentas modestas en el gran libro.

Dos hijos y una hija habían sido el fruto de esta unión, contraída algo tarde tal vez, pero cimentada en una amistad y estimación recíprocas.

De los dos hijos, uno, Eduardo Bernard era soldado. Corazón recto, imaginación activa, y deseoso de adelantar, no viendo ninguna carrera que pudiese ofrecerle una posición brillante, á causa de sus escasos medios de fortuna, había abrazado la de las armas, sino con entusiasmo, al menos con resolución.

En la época que damos principio á nuestra historia, es decir, después del casamiento de Luisa, Bernard era teniente en un regimiento de caballería.

El otro hijo, Carlos Bernard, tenía un genio indolente, perezoso y apático; su gusto decidido á los placeres y su falta de firmeza y de juicio en el carácter, le habían impedido siempre salir adelante en las diferentes carreras que abrazara.

Teatro, hacienda, comercio, todo lo había intentado con mal éxito.

A cada derrota que sufría, echaba la culpa á las circunstancias y á los individuos, pero nunca á él mismo: y en vez de perseverar en un mismo camino, se dedicaba á emprender otra vía nueva para volver á salir derrotado.

Además era esencialmente personal y muy poco escrupuloso en la elección de los medios.

Viudo á los treinta años, con una niña de pechos, que confiara á cuidados extraños, jamás se ocupó Carlos de su hija, y á no ser por el cariño de su abuela, Dios sabe lo que hubiera sido de la inocente criatura.

Luisa, nuestra heroína, y algunos parientes lejanos y egoístas, que se veían raramente, por no decir nunca, tal era la familia Bernard.

Los esposos vivían bastante retirados; algunos conocidos antiguos, mas bien superiores que inferiores á ellos en posición social, eran recibidos de vez en cuando, en las fiestas más solemnes del año,—tales como el día de Mme. Bernard y el día primero de año—y recibían á su vez por reciprocidad y en circunstancias análogas, á los honrados ciudadanos de la calle del Pont-aux-Choux.

La pobreza de sus rentas no les permitía entregarse á los placeres: á pesar de las aspiraciones artísticas de Mme. Bernard y de su hija, solo iban al teatro, por cuyo espectáculo se volvía loca la joven como vulgarmente se dice, con entradas de favor.

## II

Luisa era una naturaleza amante, pero si su madre le había inculcado sentimientos de economía y de dulzura, tenía de su padre la debilidad, y de su hermano la irresolución, la apatía y la negligencia.

Estas disposiciones naturales habían sido desgraciadamente conservadas por la educación particular que había recibido la joven.

Ir, venir, agitarse continuamente, ocupar sin descanso su entendimiento y sus manos en provecho de la casa, era una necesidad de Mme. Bernard.

La tranquilidad, la ociosidad, eran para ella una cosa imposible, física y moralmente.

Se levantaba la primera, y se acostaba la última, haciendo cuanto era necesario en la casa, más bien por necesidad de locomoción que por verse obligada á ello, puesto que tenía una criada.

Esta aptitud, enteramente especial, que se advierte con más frecuencia en las mujeres que en los hombres, había dado por resultado que Luisa no hiciese nada ó casi nada en la casa, y que hasta muchas veces,—tan poderosa era en Mme. Bernard la necesidad de verlo todo,—la criada se veía servida por su ama, con gran contentamiento de aquélla que se guardaba bien, como se supone, de contrariarla.

Además, Mme. Bernard, sin dar á sus amigos y conocidos el espectáculo de una exaltada ternura por medio de exageradas demostraciones, adoraba á sus hijos, y siempre había sido su más humilde servidora.

Luisa, la única que quedaba bajo el techo paterno, había llegado á ser naturalmente la verdadera niña mimada de la casa.

(Continuará)

## Insensatez del honor

## I

Por una mujer casada lúbrico afán sintió un rey y obediendo la ley de honrar la sangre heredada, la víctima de un asedio tan bajo cual peligroso, por no ultrajar á su esposo buscó un horrible remedio.

Todos conocen la historia de aquella noble mujer empeñada en obtener la más difícil victoria, que, esclava de una firmeza que casi rayó en delirio, con gusto aceptó el martirio de destruir su belleza.

Y al ver el surco sangriento que sobre su faz dejaba el vitriolo que arrojaba lo casto de un sentimiento, pensando en el puro amor que su esposo le tenía.

—¡Quema la carne! decía ¡pero refresca el pudor! Mi esposo el alma desea; para él la honradez es todo; me querrá del mismo modo que cuando hermosa ahora fea.

¡Pues destruya este licor la beldad que he despertado el deseo inmoderado de un monarca sin honor! Y así resolvió el problema sin sospechar la ignorante que, al quemar para el amante para el marido se quema.

## II

Volvió el esposo, y al ver la faz poco antes hermosa con apariencia monstruosa, se sintió desfallecer.

Y atento solo á la idea de un porvenir sin encanto retrocedió con espanto diciendo—¡Infeliz! ¡Que fea! Que al lado del monstruo horrible víctima de su energía, la esperanza que él traía se hizo del todo imposible. Y ella, presa de un dolor difícil de describir

—¡Quién sabe,—llegó á decir si hubiera sido mejor!...

L. ANSORENA.

## TEATROS



"LA DOLORES" ACTO 3º

LAZARO—"DI QUE ES VERDAD QUE ME AMAS"

Tengo que hacer presente que, hasta el momento en que escribo, he visto una sola vez *La Dolores*, y cúpleme declarar lealmente que no la he comprendido; conservo de su música una impresión confusa que no me habilita para dar opinión definitiva, ni aún medianamente definida sobre el mérito de la partitura.

Esa noche en Solis me encontraba yo, en los entreactos, con conocidos que también la oían por vez primera, no obstante lo cual me abordaban diciendo con las cejas enarcadas y mordiendo el labio inferior:

—¿Qué le parece? Ha visto qué cosa más espléndida? ¡Qué música!

Dios les conserve el oído, que les daba de primera la sensación exacta en medio de aquella gran labor instrumental que es imposible seguir y apreciar en una sola audición. Confieso que mis tímpanos, aunque un poquitillo educados en eso de la solfa, pedían á gritos dos ó tres audiciones más para oír lo que debe y como debe oírse. Ni allí ni aquí quise ni quiero darme corte de oyente privilegiado que ha gustado sobre tablas la quinta esencia de la inspiración del maestro.

Apenas diré que me parecieron bonitas la serenata y las primeras estrofas del *duo* del tercer acto.

Haré notar también á título de primera impresión que noto un poco de esfuerzo y por ende un poco de falta de espontaneidad en la composición; *item* más que en el segundo acto me parece que decaen y no poco, ciertamente, el interés dramático y el musical; y éste bastante más que aquél.

Creo que esponiendo esto me pongo en oposición con críticos como Frexas y otros que han hallado á *La Dolores* superior á *Cavalleria Rusticana*.

Puede que para el próximo número, en que espero poder dar á ustedes una opinión formal, esté más de acuerdo con ellos (lo que mucho me alegraría) respecto del mérito absoluto de la obra; pero no espero que llegue á tal situación respecto del valor relativo.

Mucho me temo que, no solo no llegará á parecerme superior á la obra de Mascagni, sino que ni aún igual.

Campea en aquella una inspiración espontánea y poderosa que estalla á cada momento en sublimes motivos ora de pasión volcánica ora de inmenso dolor, que no necesitan más que la música para expresarse claramente y con potente intensidad; y por eso *Cavalleria Rusticana* se me impuso y me subyugó desde el primer momento, cosa que no me ha sucedido con *La Dolores*.

En fin; allá se verá.

Por lo pronto les habilito para admirar el trabajo instrumental que es prodigioso; está bordando aquello con un cuidado y un empeño y un arte que admiran.

En cuanto al drama, confieso que lo encuentro bastante inferior al de Verga, con el que tiene tanto parecido.

El sargento aquel es carta de más en la baraja y si para algo sirve en el desarrollo de la acción, es porque el autor lo ha querido ó no ha encontrado otro medio de salir del paso.

# CHÚMALE!!



EL MERCACHIFLE

—Eh... ¡Ladra la acusación!  
¡Chuma, chumale, Mosié!  
¡Chumale! ¿Non vedi que  
mi va á romper il cajón?

EL MUCHACHO TRAVIESO

—¡Ah, mercachifle roñoso!  
¿Conque estrilaste porque  
el pastel te destapé?  
¿Quién te manda ser tramposo?  
Vendés lo que no era tuyo  
y ensuciás lo que es sagrado...

Tiene que ser castigado  
quien gasta lo que no es suyo.  
Y aunque compadrée y se me  
á ese perrito que chillá  
le voy á dar la bolilla  
ésta, que se llama Prueba.

ANGEL

—¡Ladra, cueste lo que cueste.  
Ni un instante de desmayo!  
Se escapó del de Pelayo;  
¿ver si ahora cae en este

EL MERCACHIFLE

—Chumale!...

MIGUEL

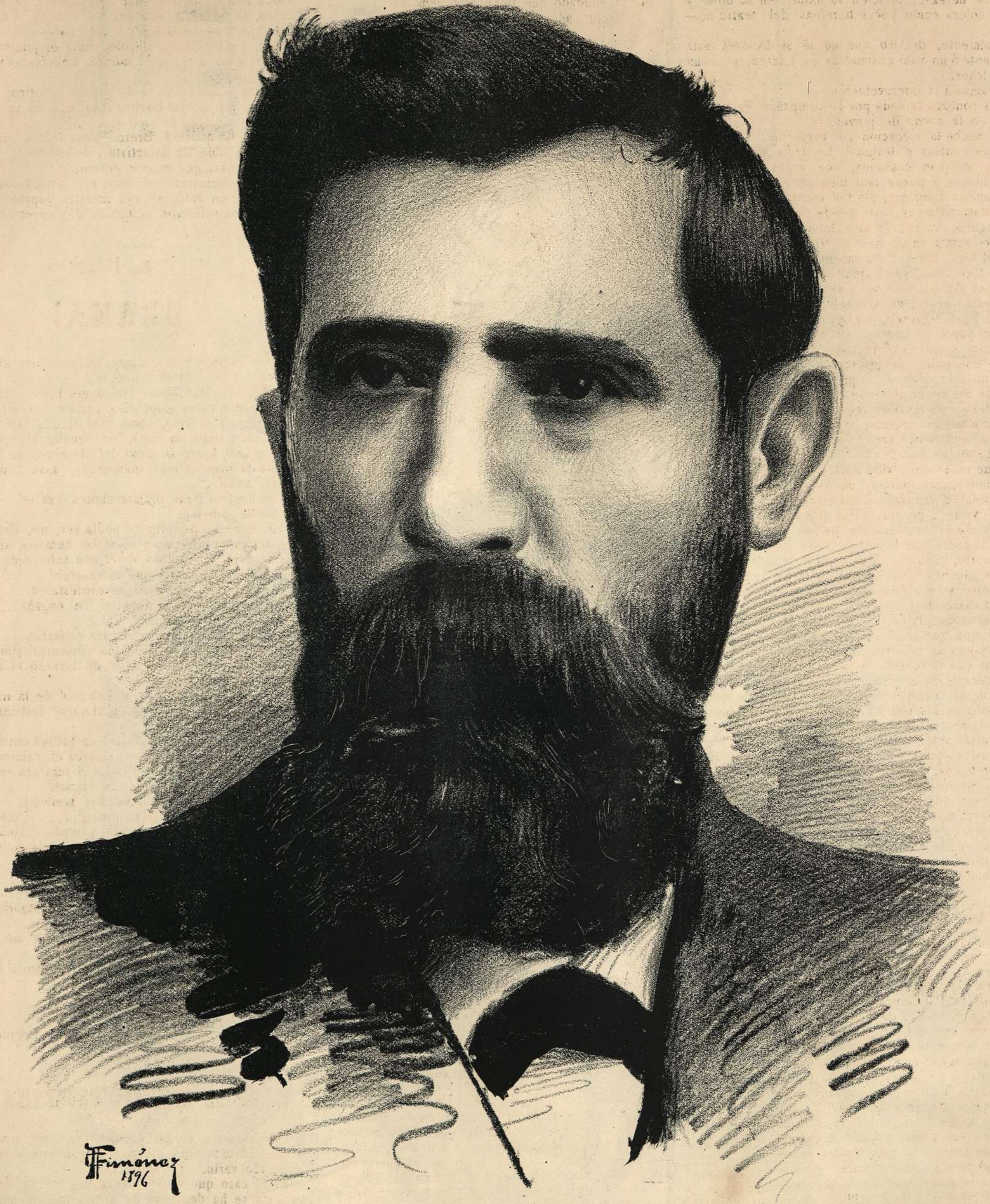
—No entiende, pues  
ese perrito es de Francia.

EL MERCACHIFLE

—Má...

ANGEL

—Y se esplica su ignorancia.  
—Deci chumale... en francés!



Fiménez  
1896

CARRAS Y CARETAS

TOMÁS BRETÓN

La misma Dolores, está á cien codos más abajo de aquella soberbia Santuzza, ardiente, apasionada y llena de fiereza, grande en su amor, en su dolor y en su cólera como pocas heroínas del teatro moderno.

Finalmente, declaro que no sé si Dolores está finalmente ó no está enamorada de Lázaro, y ni aún de Melchor.

Y vamos á la interpretación.

Solo conozco la dada por la compañía Pastor en Solís, en la noche del jueves.

Esa noche la ejecución por parte de la orquesta fué algo confusa y desigual. Se decía que los profesores estaban cansados, con viajes y ensayos y hasta fiestas, y puede muy bien ser así.

La señora Bourman, dió tan escaso relieve al papel protagonista que hasta puede decirse que no le dió ninguno; era aquella una Dolores fría y cortada como colegiala en exámenes. Por lo que á la parte musical toca, hay que reconocerle una voz de buen timbre y claridad, sobre todo en los agudos, unos hermosos agudos potentes y seguros que le valieron aplausos en el duo del tercer acto.

¡Ah! Pero Signoretti me encantó; su interpretación del papel de Lázaro, el único carácter definido de la obra, quizá, es correctísima; y lo cantó con verdadero entusiasmo de maestro.—Dos ovaciones merecidísimas le valieron las primeras estrofas del duo de amor del tercer acto que cantó con extraordinaria delicadeza y sin igual expresión, frenetizando al público que hubiera seguido oyendo aquellas frases así cantadas, con tanto arte y tanta dulzura, durante tres cuartos de hora.

Y que no se nos olvide Faff (ó como se llame, que esto huele á pseudónimo) un bajo de hermosísima voz, potente y timbrada como pocas. Y á propósito de Faff, vamos á cuentas. ¿Por qué no se le aplaudió después de la enumeración de los regalos? ¿Será porque la cantó muy bien?

Cesarotto, aunque algo duro pal freno todavía (valga la frase gauchesca, ya que él no la ha de entender mayormente) salió airoso en su papel de Melchor.

Se ha discutido y no poco sobre cuál de las dos interpretaciones, la de la Compañía Pastor ó la de la de Orejon que trabaja en Cibils, es más apreciable. Dejando de lado apasionamientos sin objeto, es evidente que la opinión general está conforme en reconocer que en el primer acto es superior la interpretación de la compañía de Cibils; pero sobresale la de Solís en los dos últimos, donde los conjuntos ceden el puesto á los trozos aislados que Signoretti y Cesarotto cantan magistralmente.

Lo cual no quita que La Dolores oída en Cibils sea muy buena. La señora Roca la canta con seguridad y conciencia; Subirá hace un buen Patricio y Ristorini no desdice de estos La orquesta, por lo demás, está más disciplinada ó menos cansada que la de Solís.

Hoy se repite «La Dolores» en ambos teatros y seguramente ambos han de atraer como hasta ahora gran concurrencia.

RE-BEMOL

### Género epistolar

Querida Encarnación: Hace una hora me separé de ti con sentimiento, pero hija, se acababa la tertulia y tu papa nos dijo que nos fuéramos. Ahora voy á acostarme, pero ansío antes, hermosa, de entregarme al sueño, jurarte una vez más, según costumbre, que te quiero, requiero y retequiero. Voy á soñar contigo, prenda mía; ¿Soñarás tú conmigo? Lo sospecho, ¡porque á tales extremos nos conduce el insensato amor que nos tenemos! Esta tarde á las cuatro, si Dios quiere, te volveré á escribir por el correo, contestando á la tuya de las once, que como á todas cubriré de besos Eres feliz ¿verdad? Yo lo soy mucho, y en el volcán de la pasión me quemó cuando tú por debajo del tapete me abandonas las puntas de los dedos... Adios mona, monona, remonona, ¡No me olvides jamás! Por tí me muero. Recibe el corazón y la cabeza Y (puntos suspensivos) de tu

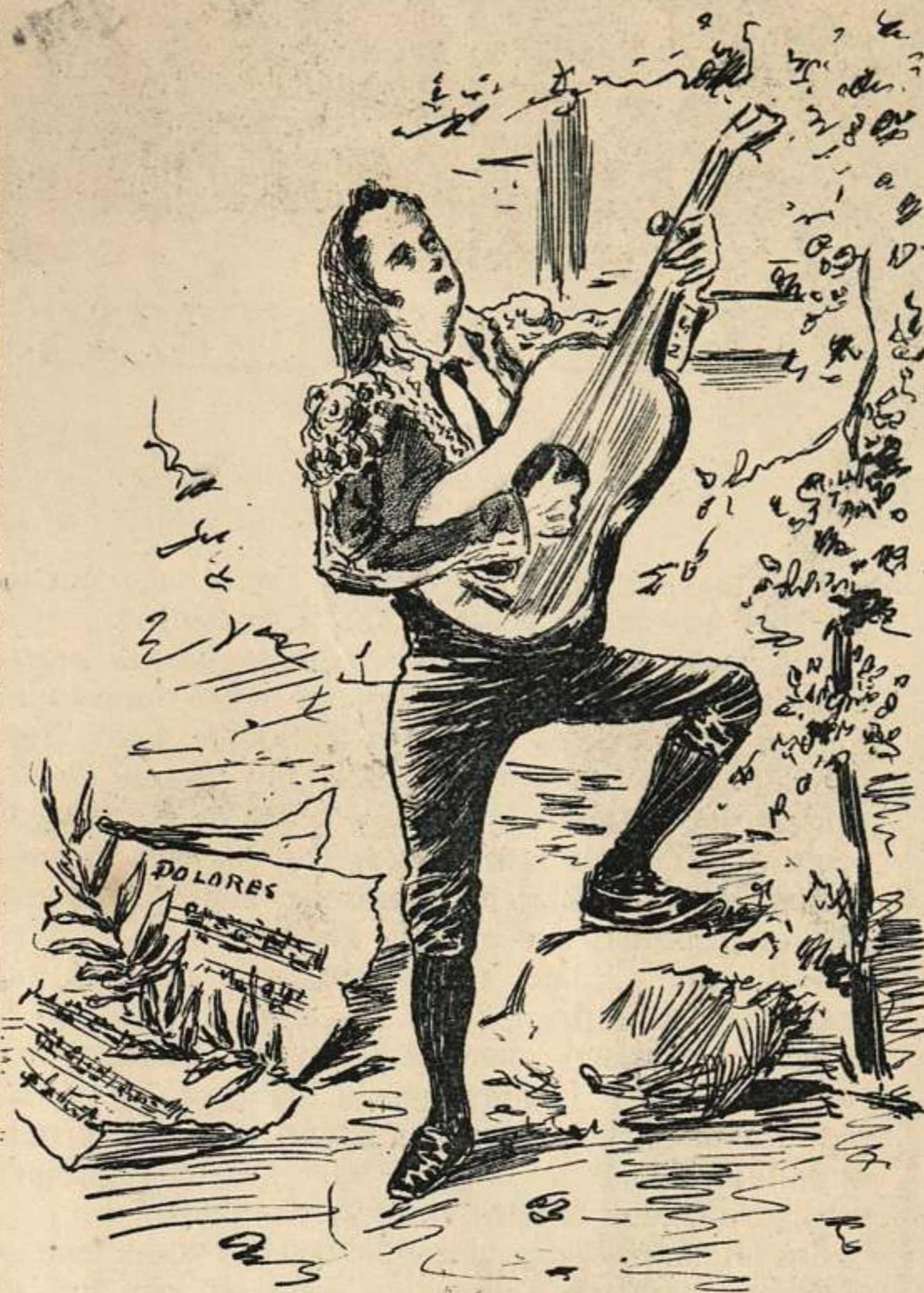
"Garin." Alfredo.  
Adagio.

Preludio del 3.º acto.



Esta carta ha llevado esta mañana Maximino Terrones el cartero. ¡Y cuidado que tiene tres bemoles hacer andar un hombre para eso!

SINESIO DELGADO.



### El retrato de hoy

#### TOMÁS BRETÓN

No solo porque es de actualidad, ya que su Dolores le cubre en estos días de lauros, sino porque su mérito como músico es grande, se impone hoy la publicación de su retrato en nuestra galería.

Bretón es hoy, indudablemente, el primer compositor español; lo acreditan como tal los grandes éxitos de «Los amantes de Teruel» «Garin» «La Dolores» y «La Verbena de la Paloma».

Aquí lo ha conocido el público por esta última; sin embargo, tiempo hacía ya que el maestro era célebre en Europa.

Es español ante todo; le encanta ese gran teatro inmortal de Lope y de Calderón que relee continuamente buscando inspiración para sus obras musicales.

Ama tanto ese teatro que, como detalle curioso, transcribimos lo que á este respecto dice Juan Luis León y que no deja de tener gracia.

«Pero... ¡qué extraña manera de sentarse tiene el maestro! Jamás se apoltrona en el amplio sillón frailer, camarada de la mesa; se acomoda tímidamente en el borde, expuesto á escurrirse... ¡Ah! Su cariño hacía los grandes dramaturgos de la edad de oro le ha perdido... El compró el mueble para su regalo y se lo han usurpado Lope de Vega, Calderón, y Tirso de Molina, que lo disfrutaban también más á sus anchas. Bretón delira y está familiarizado con el teatro antiguo en el que busca los asuntos para sus óperas; y á fin de guardarlo á mano, ha colocado los tomos de la edición de Rivadeneyra, apilados y descansando, en el fondo del sillón... Los poetas, agradecidos al culto, no se quejan de que el compositor les vuelva la espalda, y de tal guisa el simpático don Tomás puede envanecerse de tener un siglo detrás de sí.»

Bretón se halla empeñado en una empresa, su sueño dorado de toda la vida, que le honra altamente: crear la ópera española.

«La Dolores» bajo tal carácter, no había de hallar cantantes españoles capaces de interpretarla,

ni quizá público que la comprendiera. Pero nada de esto arredró al maestro. La ópera española se hará aunque deba quedar desconocida, se dijo; y la hizo, sacrificando su natural afán de ver su obra interpretada como todo autor quiere verla interpretada, como él la ha soñado, como el público lo necesita para apreciar el mérito, el esfuerzo y el éxito del compositor.

Es esto un ejemplo de altivez artística, de convicción de apóstol de una idea, que no se sentirán muchos capaces de imitar.

Pero él pinta á Bretón mostrándolo claramente bajo la doble faz de artista y de español.

Dos cosas que es por entero.

Como curiosidad cerramos esta noticia con un fac-símil de un autógrafo del maestro español, que encierra los primeros compases del tercer acto de su Garin.



### DRAMA!

¡Oh! rugió con una desesperación celoso-alcóhólica llevada á los cuarenta grados.

¡Infame! ¡Más infame que aquel brevaje que le hacían pagar como vino! ¡Engañarle así, como el almacenero y su vino, como todos!... Oh!...

¿Cómo, cómo lo supo, en aquella aciaga noche, allí mismo, sobre la mesa del despacho de bebidas? De la manera más inesperada, más brutal que darse puede.

El destino tiene indiscreciones crueles!

Le dijeron feo.

El lo negó. Aquello no podía ser, no. Era, por el contrario, un hermoso ejemplar humano; su mujer se lo había dicho y no ahora tan solo; diez y ocho años atrás; el día en que se casaron!

—Tu mujer te engaña, le contestaron.

¿Qué quería decir aquello? Te engaña... Ah! ¡Sangre, sangre, sangre!

Le sirvieron una sangría para calmarle.

¡Calmarle á él en aquellos momentos! ¡Imposible!

Pero ¿por qué tenía cara de ternero el almacenero?

¡Visiones del alcohol, del alcohol de la ira!

Se levantó decidido: ¡Allá, al hogar deshonorado, al crimen!

¡Qué noche aquella! ¿Cómo se habían entreverado las calles así? ¿Por qué no hallaba el camino? Que bruma envolvía al mundo? «La Naturaleza estaba en desorden», que hubiera dicho Hamlet.

Y la cabeza de aquel hombre también.

¿Cuánto caminó aquella noche?... ¡Quien sabe! Estaba deshecho, ciego, sordo y mudo cuando llegó junto á la puerta de su casa, ¡de la casa maldita!

¿Qué iba á hacer?

Entró

La infiel, la infame, su mujer le aguardaba, empuñando un palo de escoba; era la costumbre, cuando él llegaba tarde.

Se le nubló la vista; lo vió todo color de sangre y de vino.

—¡Lo sé todo! rugió balbuceando como si le ahogara la indignación. ¡Todo!...

Y se desplomó sobre el pavimento.

Estaba completamente dormido.

PEPINO.

### FE DE ERRATAS PROFÉTICA

La llamo así, porque, felizmente, les anunciaré el desaguizado antes de que tengan ustedes el disgusto de verlo.

Es el caso que en la página que leerán despues de esta se ha deslizado un error; que no por tratarse de una Menudencia, deja de ser grande.

Os anuncio pues, que tiempos vendrán en que leeréis ¡oh lectores! un verso maltratado que en su nueva y desgraciada forma dirá así:

¡Oh monedas, quizá hoy sin iguales!  
Os admiro. Si pierde ya la historia  
vuestro origen y de ella sois memoria...  
más yo prefiero las de cinco reales!

Y veréis, llegados los tiempos futuros, que esto no tiene sentido común.

Y poniendo un poco de buena voluntad que el Señor os premiará, leeréis en sus líneas esto:

¡Oh monedas, quizás hoy sin iguales!  
Las admiro. Su origen en la historia  
se pierde y en los tiempos su memoria...  
pero prefiero las de cinco reales!

Y esto hecho, la tranquilidad será conmigo y e sentido común con la cuarteta.

## Menudencias

Vamos; que quedó resuelto el incidente Acevedo-Pelayo.

Claro, que esto á estas horas es una perogrullada; pero ¿qué quieren ustedes? Yo también he de flicitarme por ello aunque sea tarde.

Ahora, mientras no se resolvió, ¡me figuro las amarguras que habrá pasado nuestro gran poeta Fernández y Medina!

Ahí es nada, eso de que esté en peligro un Pelayo, cuando existe un poeta que se enorgullece de llevar por apodo Menéndez y Pelayo!

El caso, de cualquier modo le iba á hacer dar un desmayo; que una vez muerto Pelayo quedaba con medio apodo.

«La Nación» publica unos datos estadísticos según los cuales se beben en el año, en todo el mundo, unos 21.000.000 de botellas de champagne. Entre los países más consumidores figuran en primera línea Inglaterra y enseguida América.

De fijo se refieren á la América del Norte.

Porque en ciertas partes de la del Sur que «La Nación» conoce bien

nos ha hecho la situación bebedores de *carlón*

Y gracias Que si no viniera envenenado, ni eso podríamos tomar por caro.

En el Teatro de Verano se ha dado este semana «El rey que rabió».

Deveras que el título de esta zarzuela al transportar la imaginación á aquellos tiempos remotos del rey que rabió, debe desaparecer de los carteles para no hacernos rabiarse de envidia.

Porque miren ustedes que debían ser felices los que vivían en aquellos tiempos en que rabiaban los reyes, pues que ya sabemos como nos va en estos en que rabiaban los súbditos.

En lo de Maveroff se expone una colección de monedas, entre las cuales se cita como de gran valor (por su antigüedad) una de Ptolomeo Soter, rey de Egipto que reinó antes de Jesucristo.

¡Oh monedas quizá hoy sin iguales!

Os admiro. Si pierde ya la historia vuestro origen y de ella sois memoria... mas yo prefiero las de cinco reales!

## Correspondencia Particular

Calirio—Montevideo—Pero hombre, ¿no será usted una morcilla con estro poético?

José G.—Id.—No sea usted inocente, Si hacer disparates lo saben hoy hasta los más topos Presidentes de Repúblicas

Cara de Perro—Id.—¡Ojalá no tuviera usted más que la cara de animal!

Filimón—Id.—Pues... recobre usted la calma, vuelva en sí, don Filimón, é implore la salvación de su alma.

J. C. C.—Id.—Hombre... yo quisiera publicarlo pero no se puede. Se trata de tonterías y ¡qué quiere usted!

Luis el tumbón—Id.—  
Zapatero, tero, tero,  
no se lo publico  
no, porque no quiero.

R. J.—Id.—Pues mire usted. A mí no se me importa nada que no le guste á usted *La Dolores*.

P. M.—Pando—El segundo verso es más cojo que Segundo.

R. Figueira—Canelones—Esto si que lo publicaré en cuanto haya lugar. ¡Y vá uno!

Juan Sifón—Durazno—¡No!

Lope—Montevideo—¡No!

Emilio Pérez—También! Se llama usted Pérez!...

F. F. F.—Id.—¡Nó!

Uno de Cuba—Merecía usted haber nacido en Africa (¡Y nos quedamos con uno!)



A. GIMÉNEZ PASTOR

## ENTRE DOS FUERZAS

(Continuación)

XI

La situación se agravó cuando Delia supo por las Mestres que Mario visitaba aún á Argentina.

Era cierto. Dominado por vagos recuerdos acariciadores débil ante la niña que había querido un tiempo, no se había resuelto á romper todo trato con ella, privándola cruelmente del placer que le causaba su presencia y que ella no se cuidaba de ocultar, mirándolo ratos largos con los ojos enamorados, llenos de caricias y deseos, con aquella expresión rendida, que parecía decirle:

—Bueno... no seas malo... ¿no ves que tengo ganas de tí?

Eran entrevistas afectuosas, en que ambos procuraban no tocar la fibra herida, hablando de cosas indiferentes, aunque los dos pensaban en lo mismo; é molestando por la idea de que la había engañado y ella soñando siempre atraerle de nuevo.

Se fingía triste, suspirando muchas veces con el aire resignado de quien dice para sí: «En fin, ya está hecho»; pero no descuidaba de marearle con el perfume fresco de su juventud en flor que se oprimía en las batas ceñidas, marcando curvas de incipiente robustez, é incendiando los labios en un entusiasmo del rojo húmedo que escondía un tesoro de besos.

En cuanto á doña Armada, al principio no pudo contener sus nervios que estallaban en pequeño arranques de niña despechada al hallara á Mario frente á sí; pero luego había ido acostumbrándose y acabó por preocuparse poco del asunto, limitándose á soltarle de cuando en cuando algunas pullas que ella creía del mejor efecto, tales como la de decirle, con tono de fingida ingenuidad, al salir la sirvienta con el mate:

—Mario, ¿es verdad lo que dicen que Delia se parece á esta sirvienta?

Aquellas eran sus pequeñas venganzas que la hacían gozar muchísimo.

Y Mario viendo en la sonrisa fría de Argentina todo el placer ruin que la humillación de Delia le causaba, salía casi siempre disgustado, con la sensación de aquella malevolencia de mujeres pequeñas que le causaba repugnancia y lástima, borrando en un instante los contornos de la muchacha dulce y enamorada que le recordara días de luz.

Aquello fué causa de nuevos disgustos que enturbiaban sus horas plácidas.

Los celos mordían á Delia en cualquier momento, á veces en los de más pasión, y entonces vibraban en la salita callada los reproches irritados y las palabras hirientes.

Era ser demasiado zozco yendo á visitar á aquella gentuza después de todo lo que habían dicho de él y de ella á quien quiso oírlos. ¡Vaya una benevolencia!

Luego crecía en violencia el tono, las palabras duras se multiplicaban, estallando sin recato hasta que, viendo á Mario exaltarse por fin, enérgico y casi brutal, combatiéndola con palabras hirientes y secas como látigo de domador, en un aflojamiento repentino de los nervios caía ella en sus brazos, llo-

rando sin saber precisamente por qué; de placer al verle así fuerte y tan suyo; de disgusto, de cansancio después de aquella escena violenta que manchaba sus amores... quien sabe.

Entretanto misia Justa había también cambiado, quizá, quizá después de aquel día en que él espuso á Delia su fantástica teoría del amor desinteresado, sin fin necesario y preparado, que pudo llegar á sus oídos hiriéndolos con sonos extraños y conceptos peligrosos.

Lo mostraba la mirada inquieta de sus ojos pardos, enarcadas las cejas que le plegaban con mil arrugas finas la frente tostada, tras la que se agitaba un deseo tenaz de adivinar lo que de aquello pensaba en serio Mario.

Ahora constituían la conversación los casamientos de la semana. Aquel mozo de la otra cuadra que se había casado, contando apenas con treinta pesos de sueldo, el día en que se venció el plazo señalado cuando empezara á visitar; aquel otro que sólo esperaba cerrar la compra de una casita, en esos días, para casarse; y muchos así, sin duda alguna dignos de imitarse. Oh! Las madres de aquellas muchachas tenía suerte.

—Parece que Dios las protege con sus hijas... añadía siempre como comentario final vibrándole en la voz suspirante un leve acento de envidia pasiva.

Era fastidiosa aquella invasión de la pesada bruma del interés, dominador envidioso de las que lo habían satisfecho, que pesaba sobre ellos persistente y obstinada, haciéndoles recordar á cada instante su presencia, oprimiendo en sus labios las promesas para el porvenir y ahogando de pronto la alegría confiada del presente.

Así todo cambiaba en aquel nido de placeres á que él se acogiera en busca de horas como esas que vagan en los sueños color de rosa; el interés vulgar, las insignificancias mezquinas, todo lo pequeño de la vida práctica se introducía en su mundo azul llenándole del disgusto que siente un hombre á quien un importuno va á hablar del negocio de todos los días en una fiesta, donde ha ido á buscar el descanso absoluto del olvido.

Entonces fué cuando Daniel le abordó un día con tanta más brusquedad cuanto que estaba algo confundido; las cejas arqueadas queriendo demostrar indiferencia, como quien va á tratar de cosa que pretende hacer aparecer baladí para conseguirla más fácilmente, y la mano más que nunca empeñada en la tarea de echar atrás el rebelde mechón, entreteniendo en él su nerviosidad á falta del torturado bigotillo de los jóvenes.

—Eh! le dijo, dándole una fuerte palmada en el hombro.—A ver si sirves para algo.

—¿Qué hay? se limitó á responder.

El domingo es la carrera internacional. Va á ser una fiesta así! dijo presentándole el puño cerrado con fuerza para dar idea gráfica de la magnitud de ella, y poniéndose colorado tras de su sonrisa forzada al ver que Mario hacía un gesto de indiferencia preventiva. Y añadió en seguida para no dejarle tiempo de destruir demasiado pronto la ilusión.

—Podríamos ir... se pasa un lindo día.

—Eh... contestó Mario con tono fastidiado. Dejame de carreras... Son pavadas; ver correr caballos....

A Daniel se le desbordó la impaciencia en uno de aquellos arranques bruscos en que lo insultaba sin compasión:

—Pero antes bien que te gustaban, grandísimo bruto, tonto! Antes de embrutecerte. Y después me dices salvaje á mí!

Quería ir con Orfilia á pasar un día de recién casados, á gozar juntos de un espectáculo alegre, de los en que se respira con fruición desconocida el aire azul, el sol y la alegría de los demás.

Isabel no podía sufrir esos días de aire libre, olvidada de las fiestas ruidosas en la larga apatía de su viudez, y la enfermaban, volviéndola á casa deshecha, con terribles dolores de cabeza, aplastada para ocho días.

(Continuará)

**EL ANTICUARIO**

Calle 18 de Julio  
184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

**HOTEL CENTRAL**  
Gregorio y Pala y 6

CALLE  
25 DE MAYO  
2414247

**FALLIGARIS**  
Estudio fotográfico

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfiria las más distinguidas gentes.